



extremos. Esta medida, por otra parte, Excmo. señor, convenia perfectamente a mis miras, puesto que la fuerza con que contaba no me permitia sostener la dilatada linea interior de palacio a la puerta de Alcalá, sin de- bilirla considerablemente y sin presentarle vulnera- ble en toda su extension: siendo, por otro lado, mi propósito reunir y combatir a los rebeldes de un modo, ocupando una base de operaciones segura y sólida, que me pusiera en comunicacion con las tropas que bajo la direccion de V. E. é inmediatamente mando del Capitan General del ejército D. Manuel de la Concha, se hallaban si- tuadas en las inmediaciones del regío Alcazar, y que tu- viera expeditas mis comunicaciones con el exterior para abastecerme de víveres y de cuanto necesitara, im- pidiendo a la vez las de los insurrectos.

Elegi pues como la mas importante y adecuada a las condiciones enunciadas el Prado, donde, retirando las del interior, establecí las fuerzas de todas armas, ocu- pándolas igualmente por Recoletos. Y esta es la ocasion de consignar que al cruzar nuestras tropas las calles, cuando dispuse su concentracion en el Prado, hallaron en los puestos de los Nacionales, que a su paso encontraron, cierta visible oposicion, ofreciéndoseles algunas detenciones, adonadas irritadas y infundadas. Llegando el caso de que para continuar el marcha algún cuerpo tuvo necesidad su jefe de expresar su respetuosa decision de proseguirla: circunstancia que pone muy en claro la hostilidad que abrigaba esta Milicia, reunida, como se queria hacer creer, con el fin de sostener el orden y la tranquilidad. Tan luego como desoyóse los puntos interiores, la Milicia Nacional adelantó sus batallones hasta ponerse en contacto con las mías sus avanzadas en la calle de Alcalá frente a la de Cedaceros, ocupando tam- bien la Carrera de San Gerónimo, plazuela de las Cortes, donde colocaron cuatro piezas de a ocho, casas de Santa Catalina, Medinaceci, Villahermosa, con más las calles contiguas al Congreso: movimiento que al iniciarse me hizo comprender que habia animo deliberado de hos- tilizar.

Entrada la noche, el continuo movimiento que se ope- raba entre los Nacionales, me dió a entender que se construían barricadas, y que se parapetaban en las casas de la calle de Alcalá, Toledo, Cedaceros é inmediatas. Para vigilar mis movimientos tendí desde la entrada de la calle de Alcalá a la iglesia de San José una corta fuerza de infantería. Mi actitud era expectante durante la noche: pero serian las doce de ella cuando una inesperada y traidora descarga hecha a nuestras tropas desde la barricada que construyeron en la calle del Turco, me im- puso del previsto rompimiento de las hostilidades, que ellos tuvieron la triste gloria de comenzar de un modo impetuoso. Desde esta escaramuza, cuya responsabilidad pesa toda entera sobre los provocadores, me ocupé ya solo de repeler con todo rigor la agresion. Al efecto or- ganicé dos columnas, compuestas una del batallon cazadores de las Navas y del de Vergara al mando del Briga- dier Pierrat, Gobernador militar interior de la plaza, y la otra de un batallon de la Reina, otro del Principe y el regimiento de ingenieros a las órdenes del Brigadier O'Donnell, con el fin de que esta atacara por la calle de Alcalá y aquella por la carrera de San Gerónimo. Todas estas fuerzas las puse a las órdenes del valiente General Dulce.

Dispuse la pronta construcción de una batería de ca- ñones de a 12 frente a la casa que fue Inspeccion de Milicias, para latir con ella otra barricada es- tablecida por los enemigos frente al Suizo, la cual quedó terminada, según me propuse, al amanecer. El fuego, que yo contestado por las tropas, hice cesara al punto por nuestra parte, observando el enemigo igual silencio, en cuyo estado pasó la noche.

Como como a mi pensamiento de ataque, es- tablecí con la caballería, puse a las órdenes del Teniente General Marques de la Sotana, una estrecha linea de bloqueo. Al amanecer del 13 todo estaba pronto para el ataca- que, pero serian las ocho de la mañana, cuando, llega- do de Palacio, se presentó V. E. en Buena-Vista, y, llama- ndo a si al Comandante del batallon de nacionales pose- sionador de la calle de Alcalá, le hizo personalmente, y como Jefe del Gabinete la intencion de que abandonara su actitud y posición, retirando sus fuerzas en el térmi- no de media hora, pues pasada esta se rompería el fue- go, cayendo sobre ellos la responsabilidad de la sangre que se vertiera y daños que se ocasionaran a la pobla- cion de un ataque a viva fuerza.

Terminado sin éxito el plazo, trascurrido otra media hora más, y provocado por ellos nuevamente el rompi- miento con el fuego que empezaron desde la barricada, antes que se hiciera por nuestra parte, rompí el de ca- ñon contra la del Suizo, que no tardó en apagar los su- yos. Al propio tiempo, y mientras aquí se obtenia esta ventaja, dispuse que la columna del Brigadier Pierrat atacara resueltamente por la Carrera de San Gerónimo. Para sostener este ataque é imponer al enemigo en toda aquella parte donde presentaba su mayor fuerza y resis- tencia, principiaron a jugar las piezas de una batería montada que emplazé en el Tibol, y de otra seccion en San Gerónimo, las cuales batian con sus acertados dispa- ros la Carrera de San Gerónimo y Plazuela de las Cortes, logrando acallar los de la artillería enemiga, no sin ex- perimentar algunas pérdidas.

El General D. Domingo Dulce y Brigadier Pierrat, que personalmente mandaban estas fuerzas, adelantaron con su ejemplo los actos de valor que hicieron alarde. Con un ímpetu hasta temerario, el batallon de cazadores de las Navas, encargado de desalojar por esta parte a los enemigos, penetrando por las casas, medio é mas eficaz y ménos mortífero de proceder en tales ataques, impac- iente por posesionarse de las casas de Medinaceci y Vil- lahermosa, y llevado de un valeroso ardor sin esperar la brecha que en la casa del primero debían abrir dos piezas de la batería de a doce situada frente a la Inspeccion de milicias, batiendo de blanco el edi- ficio, lanzó a pecho descubierto contra la puerta de la citada casa una compañía, que se vio precisada a abando- nar su brioso empeño, despues de inútiles é reiterados esfuerzos para violentarla, pues se encontraba fuertemen- te cerrada. En este ataque de excesivo arrojo tuvieron pérdidas, tanto mas sensibles, cuanto que recaian en Oficiales y soldados de un valor difícil de ponderar.

Esta es la ocasion, Excmo. Sr., de hacer mención de un hecho no ménos honroso y atrevido que el anterior. Un Capitan de Ingenieros, con fuerza de su regimiento, abastecida de pica y sin otra defensa que su propio valor, lanzóse a la tapia que media entre la casa de Alean- ñetes y la de Bagaes á abrir, como lo consiguió, un bo- que para que por él penetraran los cazadores, sufriendo, durante esta operacion, el vigoroso y sostenido fue- go á quemarropa de los enemigos, que en gran número se guarecian detras de aquel parapeto. Llegadas aquí las

cosas, ya en via de apoderarse de este importante punto, en el que el enemigo presentaba su más tenaz resis- tencia, poseionados los cazadores de la casa inmediata a la de Villahermosa: amenazada esta y siendo las diez de la mañana, recibí mensaje del Presidente de las Cortes, pi- diéndome una conferencia. Contesté que en mi campo es- tando a la persona que me era anunciada, y habiendo mandado cesar el fuego, me dirigí al punto que me in- dican, á quien recibí al pie de la subida del Retiro.

Al Gobierno recibí las proposiciones presentadas de palabra por el expresado Gener. I. para, de no aceptarlas, continuar sin descanso las hostilidades, estipulando entre tanto una tregua de seis horas por las razones que tuve la honra de esplanar á V. E. en carta escrita en aquel momento. Desde que terminó la entrevista de que he ha- blado, el fuego cesó por la parte en que mis tropas se presentaban, recibiendo á las cuatro horas noticia del Presidente del Congreso, anunciándome en carta que origi- nalmente se me ofreció, que los Nacionales habían desalojado completamente la plazuela de las Cortes, casas y calles contiguas. Así quedó vencida por esta parte la rebelion.

Entre tanto las hostilidades continuaban por la calle de Alcalá, si bien el fuego disminuía progresivamente, hasta las ocho de la tarde, en que quedó completa- mente apagado. Entrada la noche, hice avanzar la batería de posición que tenia en la Cibeles a la calle de Ge- daceros, con el objeto de batir a la mañana siguiente hasta la Puerta del Sol, de la que intentaba apoderarse para arrojar á los insurrectos hacia la izquierda: ópe- rando desde este punto un movimiento combinado con el Capitan General D. Manuel de la Concha, que traia sus columnas victoriosas por la calle y plaza Mayor.

A la madrugada del 16 y antes de amanecer recibí aviso del Brigadier O'Donnell que mandaba por la calle de Alcalá, según antes he dicho, de que los enemigos habían evacuado sus puestos: verificando, en consecuen- cia, despues de amanecer, nuestro movimiento de frente sin oposicion alguna hasta la Puerta del Sol, de la que me posesioné. Ya en ella y habiéndome avisado con el Ge- neral Concha, que llegó al mismo tiempo, al tenor de las instrucciones verbales que recibí de él, me concerté con un movimiento combinado con el objeto de estrechar la zona ocupada entonces por los enemigos, reducida á los barrios de Toledo, Lavapiés, plazuela del Angel, de Santa Ana y calle de las Iluertas, Atocha y plazuela de An- ton Martín.

A fin de llevar á cabo esta operacion, dividí mis fuer- zas en tres columnas, la primera compuesta de siete com- pañías del regimiento de ingenieros y al mando de un Coronel; el Brigadier Talledo debía marchar por la calle de Carretas y Concepcion Gerónimo a salir a la calle de Toledo, en donde, uniéndose a una de las columnas del General Concha, que dominaba la Plaza Mayor, emprendería el ataque simultáneo hasta la plazuela de la Geba- da, regresando despues por la del Progreso á desembar- car en la de Anton Martín. La segunda, que constaba del batallon cazadores de Vergara, al mando del Brigadier O'Donnell, estaba encargada de avanzar por la plaza del Angel, Santa Ana, calle de las Iluertas é inmediatas, arrojándolo y estrechándolo por las del Leon y Atocha sobre la plazuela de Anton Martín. Por último, una tercera columna, al mando del Brigadier Pierrat, compuesta del batallon cazadores de las Navas, debía em- prender su movimiento por la calle de Atocha y plaza del Progreso, completándose de este modo el pensamiento de cercar al enemigo en tres distintas direcciones, acorra- lindole y reduciéndole á estrecharse en la plazuela de Anton Martín, su último atrincheramiento. Todas estas columnas se hallaban apoyadas por artillería montada y de montaña.

Antes de pasar adelante, y para asegurar mi linea de retaguardia, dispuse que el entendido y activo General Mac-Crohon, con los regimientos de la Reina y Principe de infantería, agregándose alguna artillería, toda la ca- ballería y una brigada del quinto regimiento, se situara en Corcos y llenara objeto de tanto interés.

A las nueve de la mañana del expresado día 16 em- prendieron sus movimientos las columnas dirigidas, la segunda y tercera, por el entendido y decidido General Dulce, Jefe de ellas.

El ataque, Excmo. Sr., fue rudo por nuestra parte, tenaz y porfiado por la del enemigo, á quien debe hacerse la justicia de que cuando se luchaba tanto en lo huma- no como en lo heroico, no veníamos esta vez a luchar des- pues de ocho horas de un penoso y obstinado combate en que coronaron nuestras tropas su triunfo, poseionándose de la plazuela de Anton Martín y barrio de Lavapiés, don- de quedó sepultada la rebelion.

Nuestros soldados dieron un ejemplo de digna emula- cion, rivalizando en valor y bizarría, prodigando sus vidas con loable abnegacion, y disputándose el puesto más alto de honor y el más peligroso. Pero si el valor, cuali- dad innata en el soldado español, rayó tan alto, de otra virtud no ménos grande, ha dado ejemplo en la ocasion presente, de clemencia.

Testigo he sido, Excmo. señor, de multitud de vidas perdonadas á hombres cogidos con la arma traicionada en las manos, con éstas y con su boca ennegrecidas, indi- cios ciertos de su arrepentimiento y posesionamiento en el momento en que el cañon de su arma habia vomitado la muerte sobre aquellos mismos generosos soldados que, lejos de vengar con la de sus contrarios las que habian recibido sus compañeros y amigos, en aquel mismo momento y por aquellas propias manos, me los entregaban prisioneros.

No tengo noticia de un solo acto de venganza. Este notable hecho analice á nuestros soldados tanto como su victoria.

El General Dulce, valiente y arrojado, multiplicándose en medio del peligro y cooperando con sus acertadas disposiciones á dar feliz cima á la empresa, ha añadido un timbre más á los muchos gloriosos que honran su brillante carrera militar. Indiferente al peligro, ha prodi- gado su vida más allá de la que cupo a un General, recibiendo por ello una fuerte contusion en el pecho que pudo ser peligrosa.

El General Mac-Crohon ha correspondido á su bien sentada reputacion militar, así por sus servicios en Buena-Vista, de cuyo edificio era Gobernador, como por los más importantes al frente de la linea de retaguardia. Entendido y activo, no bien se hizo cargo de ella, envió columnas en distintas direcciones que batieran los dis- persos que aun molestaban en algunas partes, como en la calle de Jacometrezo. Marchó en persona al cuartel de Guardias, en cuyo barrio le opusieron aún resistencia, que hizo cesar en breves minutos, dominando ya toda aquella localidad. Tranquilizó con su actitud y ejemplo toda la parte N. que le estaba encomendada; y distribuyó con tino las fuerzas que aflazaron y conservaron el orden en la linea que se puso á su cuidado, dando continuadas pruebas de su seriedad y valor. A su lado tuvo durante este servicio al Brigadier Alós, de la Guardia civil, que

se ha hecho digno de mencion. Tambien es acreedor á ella el Coronel Oficial de la Secretaría de la Guerra D. Enrique del Pozo, que desempeñó las funciones de segundo en Buena-Vista á las inmediatas órdenes del General Mac- crohon.

Los Jefes que han mandado columnas, Brigadieres O'Donnell, Pierrat y Talledo, han conculcado sus ataques con tan raro acierto y enérgica resolucion que merecen por ello una especial mencion en esta parte.

El Jefe de Estado Mayor, Brigadier de Gregorio, constantemente á mi lado, y ocurriéndole sin cesar á cu- brir los vastos é complicados deberes de su puesto, como lo he hecho á toda mi satisfaccion, es acreedor á la con- sideracion del Gobierno.

Muy digno de elogio es tambien el destello, celo é infatigable actividad con que los Jefes é Oficiales del cuerpo de Estado Mayor que estaban á mis órdenes han llenado sus deberes con arreglo á deberes con un tino, inteligencia y espontaneidad que honran altamente al cuerpo de que proceden. Igual decision he encontrado en mis Ayudantes de campo y demas Jefes y Oficiales que en clase de agregados han combatido á mis inmediatas órdenes.

La artillería, dirigida con mucho acierto, se ha con- ducido como debia esperarse de su indisputable mérito y bien adquirida reputacion, contribuyendo poderosa- mente al feliz término de esta victoria, en la que le ha cabido una grande y gloriosa parte, sufriendo sensibles pérdidas, debidas al arrojo y valentia con que se ha conducido.

Esta bizarría intrepida, éula del imperturbable va- lor de nuestros antiguos tercios, me ha llenado de justo orgullo, pues su comportamiento ha superado mis espe- ranzas y las del militar más exigente. Constantemente en fuego, sin tregua ni descanso ha combatido, acrecentan- do su valor el peligro, su energia y decision los obs- táculos.

El regimiento de ingenieros ha colocado su reputacion á una altura envidiable, batiéndose, ya como consumada infantería, ora construyendo barricadas, ora manteniendo el pico para abrir puertas y taladrar paredes.

La caballería, que por su instituto no ha tenido ocasion, bien á su pesar, de combatir en las calles, ha pres- tado en las afueras un servicio importantísimo, sostenien- do un rigoroso bloqueo é asegurando nuestras comuni- caciones con el exterior.

Los individuos de sanidad militar, multiplicándose, han acudido con una asidua asistencia allí donde era pre- cisa su cooperacion.

En fin, los alumnos de la escuela de E. M., esa ju- ventud animosa, estimulada por sus dignos Jefes, empun- tando cada uno su fusil y cruzaron con buena fortuna desde el edificio que ocupan en la calle de Alcalá, un fue- go nutridísimo con los de la barricada de la calle del Tur- co, á los que lograron imponer silencio.

Tales fueron los hechos de armas que han tenido lu- gar con las tropas que á mis órdenes operaban durante los últimos sucesos. Por lo que toca á las que separadas de mi Autoridad lo ejecutaron desde Palacio y sus inme- diaciones, el Capitan General de ejército D. Manuel de la Concha, bajo cuya direccion obraron, elevará probable- mente á V. E. parte detallada de sus movimientos, los cuales no me son bien conocidos.

Todo lo cual tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V. E., por si se sirve elevarlo al de Su Majestad (Q. D. G.).

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 23 de Julio de 1856.—Excmo. Sr.—Francisco Sarrano.—Excmo. se- ñor Ministro de la Guerra.

CONTADURIA GENERAL DE LA DEUDA PUBLICA.

Table with columns: Documentos emitidos, CLASE DE LOS DOCUMENTOS Y SU NUMERACION, PARCIAL, TOTAL. Includes sections for CREACIONES and CONVERSIONES.

VELAZQUEZ.

POR M. W. STIRLING.

OBRA VERDIDA AL CASTELLANO POR DON JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.

CAPITULO OCTAVO.

A su llegada á Madrid fue recompensado por su mi- sion, con el nombramiento para el cargo de Aposentador mayor de la Casa Real, cargo que desempeñaron Herrera y Mora en el reinado de Felipe II, y que reunia á su gran dignidad una dotacion muy respetable: le competian atribuciones varias, y algunas de ellas poco agradables. El Aposentador ejercia la superintendencia de las fiestas públicas, y una especie de jurisdiccion dentro del palacio: en los viajes de la corte le correspondia pre- parar las habitaciones del Rey y las de su séquito, colo- car la silla del Rey, y quitar los mantos cuando comia en público; entregar las llaves á los que recibían el cargo de Chamberlano; proporcionar sillas á los Cardenales y á los Virreyes que asistían al besamanos, como tam- bién al heredero presuntivo de la Corona en la ceremonia de la jura. Su sueldo era de 3.000 ducados al año, y sus insignias una llave en la cintura, con la cual podía abrir todas las puertas de Palacio (1). Todo por adelante y suplenle al pintor Juan Bautista del Mazo Martínez que ya entonces era, ó fue mas tarde, verno suyo.

Esta Princesa dió la mano al Rey Felipe obedeciendo tanto á sus inclinaciones como á su sino, si es cierta la anecdota que de ella se cuenta de haberse enamorado de que se hubiese hablado del matrimonio. Al retrato, pintado muchas veces por el mismo Velazquez, hace sospe- char que Felipe, al tomarla por esposa, se propuso más bien un fin político que satisfacer su passion.

En efecto, la Princesa habia heredado de su familia el grueso labio inferior, que desde Maria de Borgoña vino á ser el distintivo fisonómico de la casa de Austria. Treinta años más tarde, cuando se envió á Madrid á casarse con el príncipe de Portugal, que se envió á Madrid á casarse con ella, le habia desfigurado mucho (1).

No reunia ninguna dote personal, de modo que tanto por las cualidades de su corazón, como por las gracias de su figura, era muy inferior á la Reina Isabel, su antecesora. Sin embargo, su carácter era amable y festivo, y su risa juvenil, no pocas veces impacionó á su grave marido (2).

(1) Madame d'Aulnoy. Voyage en Espagne, tom. 3.º, pág. 169. (2) Voyage d'Espagne, Cologne, 1666, p. 35. (3) Distingúese las coronas, y en la parte superior se ven una mujer de entre la nucloudumbre, se apresuró á entregársela, aquella la rehusó, contestándole con una gran- deza digna de la prometedora del célebre monarca: Guardáosla para vos.—Flores, Reinas Católicas, tom. 2.º, pág. 965.

Algunas semanas despues, luego que la Reina se halló restablecida, se preparó una corrida de toros para re- crearla. Este espectáculo nacional, en ocasion tan solem- ne, fue celebrado en la Plaza Mayor, en la que una hie- rra de balcones dispuestos con regularidad en gradas de anidito hasta los techos de las casas, podía contener un inmenso número de espectadores. Todas las clases de la sociedad española asistieron á esta fiesta con un lujo no conocido de los espectadores modernos. En vez de lidiadores mercenarios, los jóvenes hidalgos de la corte se presentaron en la arena á ejecutar sus proezas en presencia de las damas cuyos colores llevaban en sus vesti- dos y cuyos favores codiciaban (1) y en vez de los mis-

(1) El Cid, Pedro Nuño, el Emperador Carlos V, Pizarro, el Rey Sebastian de Portugal, eran aficionados inteli- gentes y atrevidos. D. Diego Salgado, autor español de una descripción de la plaza de Madrid, in 4.º, London, 1683, dedicada á Carlos II, Rey de Inglaterra, y reimpressa en la Harleian Miscellany, 10 vol., in 4.º, London, 1841, t. VII, p. 239, hace la descripción de esta fiesta en len- gua inglesa y con un estilo muy notable. Nobles de elevada estatura montados en caballos ágiles y heruosos, adornados con ricos arneses en relacion con la dignidad de sus ginetes y la magnificencia de la fiesta, se pre- sentaban con grande aparato y pompa escoltados por sus criados, que guardaban y tenían las lanzas con las cuales sus señores debían dar muerte al toro. Estos picadores debían ir á la ruina y el furor de la formidable fiera, lo que consistían casi siempre hiriénndola, y dejándola despues para que sea muerta por el que maneja la espa- da. Mad. Misc., t. VII, p. 242. D. Gregorio de Tapia tenia este juego en grande estima y dice: Nada hay más her- moso para un caballero que presentarse á luchar con un toro. Ejercicios de la gineta, p. 61. La tauromaquia es- tuvo en mucha boga durante el reinado siguiente de Carlos II. El Duque de Medina Sidonia mató dos toros en las fiestas que se celebraron en honor del primer casa- miento de aquel Rey en 1673. En 1699 D. Juan de Velas- co, recientemente nombrado Gobernador de Buenos-Ay- res, murió de unas heridas que recibió en la lucha, y su hijo fue creado título de Castilla, y su hija nombrada Dama de la Reina. Véase el discurso apologético de la tauromaquia completa por el célebre lidiador Francisco Montes, in 8.º, Madrid, 1836, p. 43, y la corresponden- cia de Lord Stanhope, publicada por Lord Mahon, ac- tualmente Conde de Stanhope, 1855, p. 21. Felipe tenía aversión á este espectáculo nacional, por lo que los nob- les dejaron de tomar parte en las luchas, lo que, según Montes, p. 21, disminuyó la magnificencia del espectácu- lo, pero favoreció mucho á la perfeccion del arte. Sin embargo, en Portugal, á últimos del siglo pasado, el her-

ros caballos que hoy día ensangrientan con sus entrañas y cubren con sus cadáveres mutilados los anfiteatros de Madrid y Sevilla, aquellos nobles picadores montaban los más hermosos caballos de Andalucía y se presentaban escoltados unos por 12, otros por 24 criados, que osten- taban la libra de sus respectivos señores. Luego que fueron muertos por la espada y el brazo de la nobleza, un número suficiente de toros, se terminó el espectáculo con el juego de cañas y justas entre dos bandos de caballe- ros. Este ejercicio fue tomado de los árabes, y era propio para hacer brillar el mérito ecuestre (1).

Durante los años siguientes no tuvo Velazquez mucho tiempo para pintar, por hallarse ocupado en la fundiccion de sus modelos, confiados al escultor Foyers, y en ordenar las obras y mármoles traídos de Italia, en las salas y galerías del Alcazar. Las obligaciones que le imponía este nuevo cargo, que bastaron por si solas para ocupar la atencion exclusiva de una persona, le robaban una buena parte del día.

Esto le daba ocasion de ver é á menudo con el Rey, que le pedía consejos en los negocios más importantes, y le honraba con tal favor y tanta confianza, que amenaza- ba turbar su reposo. Tal era el crédito y la influencia que se le atribuyó, que cierto Grande, dice Palomino, reprimió rigorosamente á su hijo por haber usado un lenguaje demasiado fuerte con el Aposentador, el cual no quería faltar á su obligacion permitiéndole infringir las reglas de la etiqueta: «Habéis sido muy necio», le dijo, «en portaros de esta manera con una persona que es ob- jeto de tan alta consideracion por parte de S. M., que pasa cada día muchas horas durante el día, al momento á excusaros de vuestra falta, y no os presentéis ante mi sino cuando os hayais reconciliado con él.»

En 1656 ejecutó Velazquez su última obra maestra, la cual es considerada por los artistas, admiradores de las di- mension del Conde de Arcof fue muerto en una corrida de toros dada en Lisboa, y el Conde al verlo se separó del Rey, á cuyo lado estaba sentado, y salió á la arena para vengar la muerte de aquel matador el toro. Su hijo, carías escritas en España y Portugal, in 8.º, Bristol, 1798, p. 103.

facultades que tuvo que vencer, como el mejor de sus cuadros. Nos referimos al lienzo tan conocido en España bajo el título de Las Meninas ó damas de honor (1). El lugar de la escena es una larga sala de los aposentos del Principe, que ocupaban un dos de los ángulos del antiguo palacio; y el asunto de ella, el mismo Velazquez ocupado en pintar un cuadro que representaba á la familia Real. A la derecha del cuadro se ve la parte posterior del ca- ballero y del lienzo en el que trabaja el pintor; más allá el artista en pie, con sus pinceles y paleta, ha interrumpido su trabajo para conversar y observar el efecto de su obra: en el centro la Infanta Maria Margarita toma un vaso de agua de una fuente que le presenta el ro- dador; y a la izquierda Doña Isabel de Velasco, tambien dama de honor, está en actitud de saludar; en primer término se ve á los enanos Maria Barbolus y Nicolas Pertusano (2); este, apoyando el pie sobre la espalda de un fiero sabueso que parece despreciar la agresion y perma- nece en un solemne reposo; un poco más lejos de estas fi- guras se ve á Doña Marceña de Ullou, dama de honor, en traje monástico, hablando con un guarda-damas (3); en el centro de la sala una puerta entreabierta permite ver una escalera por la que ha D. José Nieto, Aposentador de la Reina; y cerca de esta puerta hay colgado de la pared un espejo que reproduce las cabezas del Rey y de la Reina, manifestando que forman parte del grupo principal del cuadro, aunque se hallan colocados más allá de los límites de éste. Está adornada la sala con pinturas que Palomino asegura ser de Rubens, y recibe luz por tres ventanas abiertas en la pared de la izquierda y por la puerta del extremo. Basta esta descripción para que el artista comprenda las dificultades de una composición de

(1) Se las llama así porque no usan de zapatos con talon, sino sin ellos; y por esto se llaman chapines. El Rey y la Reina tienen tambien meninas, que son como los pajes en Francia, y en el Palacio fuera de él no usan jaunas ni capas ni sombreros. Voyage en Espagne Col- vance, Relation del estado de España, p. 13. El Diccionario de la Real Academia española, in fol., Madrid, 1746-39 define así la menina: Señora que desde niña entra á servir á la Reina en la clase de Damas, hasta que llegaba el tiempo de ponerse chapines, tal, Puella Regi- nae Aucilla. Cuando una joven española llegaba á edad adulta, se decía de ella que se ponía chapines, esto es, zapatos con talones, así como las jóvenes romanas hasta entónces no vestían la túnica pretesta.

(2) Vide el capítulo VI. (3) Era un escudero que seguía el coche de las Damas de la Reina á caballo, é introducia en sus habitaciones las personas que obtenían audiencia.



